

RICARDO RUIZ DE LA SERNA

80^o ANIVERSARIO DE LA LIBERACIÓN DE AUSCHWITZ



El 27 de enero de 1945 las tropas soviéticas que avanzaban en dirección a Berlín, llegaron al campo de exterminio de Auschwitz, el mayor de los construidos por los nazis en la Polonia ocupada. El sistema concentracionario combinaba los trabajos forzados con el asesinato masivo en las cámaras de gas. La experimentación con el gas tóxico Zyklon B comenzó con prisioneros de guerra soviéticos y pronto se extendió a los judíos llegados de toda la Europa ocupada. Desde la construcción de Auschwitz I en abril de 1940, pasando por la de Auschwitz II en octubre de 1941, hasta la liberación en 1945, encontraron allí la muerte aproximadamente un millón de judíos, unos 70 000 polacos, alrededor de 25 000 gitanos y unos 15 000 prisioneros de guerra soviéticos, así como otros muchos miembros de distintas nacionalidades, según cifras de Yad Vashem. El nombre de este lugar se ha convertido en el símbolo del horror del nacionalsocialismo.

En 2004 el Consejo de Ministros declaró esta fecha como Día oficial de la Memoria del Holocausto y la Prevención de los Crímenes contra la Humanidad. Un año después la Asamblea General de las Naciones Unidas haría lo propio con el nombre de Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto. No son las únicas fechas de recuerdo: en Israel y en las comunidades judías de la diáspora el holocausto se recuerda en Yon HaShoah, el Día de la Shoah, el 27 del mes de Nisán del calendario judío, que suele recaer entre marzo y abril del calendario gregoriano.

El 27 de enero, pues, brinda la oportunidad de reflexionar acerca de la matanza de seis millones de judíos a manos de los nazis y los colaboracionistas. El Papa san Juan Pablo II tuvo palabras de lucidez y dolor cuando visitó Auschwitz el 7 de junio de 1979: «me arrodillo en este Gólgota del mundo contemporáneo, sobre estas tumbas, en gran parte sin nombre, como la gran tumba del Soldado Desconocido. Me arrodillo delante de todas las lápidas de Birkenau, en las que se ha grabado la conmemoración de las víctimas de Auschwitz en las siguientes lenguas: polaco, inglés, búlgaro, cingaro, checo, danés, francés, griego, hebreo, yidis, español, flamenco, serbocroata, alemán, noruego, ruso, rumano, húngaro, italiano».

En efecto, este día representa el punto más tenebroso de la traición de Europa a sí misma, la zona cero de la fractura de nuestra civilización. El camino que condujo a este campo, que simboliza todos los campos de exterminio, comenzó en los albores mismos de la modernidad. El antisemitismo como moda cultural, el auge del racismo y el supremacismo, la idea de la vida sin valor, el uso de la propaganda para manipular las conciencias... Benedicto XVI, que también visitaría el lugar en 2006, levantaría acta de las horas más oscuras de Alemania y, por extensión, de Europa: «[...] detrás de estas lápidas se oculta el destino de innumerables seres humanos. Sacuden nuestra memoria, sacuden nuestro corazón. No quieren provocar en nosotros el odio; más bien, nos demuestran cuán terrible es la obra del odio. Quieren hacer que la razón reconozca el mal como mal y lo rechace; quieren suscitar en nosotros la valentía del bien, de la resistencia contra el mal».

En efecto, este día debería suscitar una renovación de voluntad de resistencia contra el mal. Pensemos en lo ocurrido en nuestro continente desde el 7 de octubre de 2023. A lo largo de más de un año, por toda Europa, han proliferado manifestaciones, concentraciones e incidentes antisemitas. El pasado mes de noviembre, sin ir más lejos, se desató una persecución de los hinchas israelíes del Maccabi de Tel Aviv que jugaba en la ciudad de Ámsterdam. Durante más de un año, ha habido en Europa llamamientos al boicot y la exclusión de Israel y los israelíes de contratos públicos, competiciones universitarias, actividades académicas... 80 años después de la liberación de Auschwitz el antisemitismo goza, por desgracia, de excelente salud en el Viejo Continente. Las organizaciones islamistas y yihadistas activas en Europa han hecho del odio a los judíos uno de los ejes de su actividad propagandística.

Se impone, pues, el gravísimo deber que Emil L. Fackenheim resumió en 1967: «primero, se nos ordena sobrevivir como judíos no sea que el pueblo judío perezca. Se nos ordena, en segundo lugar, recordar en lo más profundo de nuestro ser a los mártires del Holocausto no sea que su memoria perezca. Se nos prohíbe, en tercer lugar, negar o desesperar de Dios [...] no sea que el judaísmo perezca. Se nos prohíbe, finalmente, desesperar del mundo como el lugar que va a ser el Reino de Dios no sea que lo convirtamos en un lugar donde Dios esté muerto, sea irrelevante o todo esté permitido. Abandonar cualquiera de estos imperativos, en respuesta de la victoria de Hitler en Auschwitz, sería darle todavía otra victoria póstuma».

Evitar esa victoria póstuma es hoy una responsabilidad de todos los europeos.